



EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XLIII

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NÚM 12583

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Península.—Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extranjero.—Tres meses 11'25 id.—La suscripción se contará desde 1.º y 16 de cada mes.—La correspondencia a la Administración.

Administración y Redacción, Mayor 24

MIERCOLES 23 DE SEPTIEMBRE DE 1903

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette rue Caumartin 61; y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31.

Sobre la retirada

Lo mayor priva lo menor.

Y lo mayor hoy, y quizá mañana y al otro, es la retirada de Silvela.

Ante ese acontecimiento se ha empequeñecido el de la estafa del millón del «Canlinero» y el escándalo policíaco.

La decisión del jefe de la Unión Conservadora sigue apasionando los ánimos, siendo los incondicionales los que la juzgan con más severidad.

Es natural que sea así. Por seguir el disidente de ayer, quedaron mal con Canovas, sufrieron persecuciones, vieron anulada su influencia y se vieron forzados a librar duras campañas en la prensa y en las Cortes; y cuando por virtud de circunstancias especiales se encuentran disfrutando el poder, se ven de pronto abandonados por el jefe, que se declara fracasado.

Para ese viaje no había necesidad de alforjas. Para venir a última hora diciendo que se equivocaban, no había por qué dividir el partido conservador. ¿A qué izar el banderín de enganche no contando con la suficiente decisión para mantenerlo erguido?

Tienen razón para quejarse los alicios de Silvela, del prohombre que dimitió su alto puesto sin pensar que cuando se llega tan alto, se pierde el derecho al goce del descanso apetecido. Sagasta con ser tan viejo no lo tuvo y gobernó casi viéndose morir.

El señor Silvela hace un flaco servicio a su partido retirándose

de la política. Compuesto squé de los antiguos gamacistas y de la casi totalidad de los conservadores—si bien éstos divididos como se ha puesto de relieve con las declaraciones de Silvela—le reconocían de buena voluntad la jefatura. Mientras él estuviese era el primero; pero ahora queda desgarrado aquél en pedazos, de los cuales tiene uno Villaverde, otro Maura y no dejará Dato de hacerse con el suyo.

De Pidal y Romero es escusado hablar. Si el primero renuncia al retel de que puede aprovecharse, el segundo allegará lo que pueda: la cuestión es sumar.

¿Quién será el jefe? ¡Valiente problema! el que ha dejado don Francisco a los suyos!

Un diario ministerial dice que el jefe dimitente tiene derecho a nombrar sucesor.

Si así fuese, el partido liberal no hubiese estado acéfalo veinti cuatro horas. Todo el mundo sabía quién era el preferido de Sagasta; pero éste no se atrevió a hacer la propuesta, pues sabía que donde hay ambiciones hay lucha y ésta había de surgir cuando él faltara, es decir, cuando ocurriera la vacante.

¿Lo será Villaverde? Hay antagonismos entre él y don Antonio Maura.

¿Será nombrado éste? Tendría a aquel en contra. Además los silvelistas se consideraron perseguidos y sacrificados en las últimas elecciones y no es costumbre, en la política al menos, pagar desafecciones con lealtades.

Azcarraga no sirve, se demostró hace tiempo; Pidal está un tanto distanciado de los hombres que mandan; Romero... Ese es un candidato; ese le disputará la jefatura a quien aspire a ella.

Si cuando estaba solo se tenía por jefe de partido, ¿cómo no ha de cultivar la mayoría ahora que va a ser presidente del Congreso?

Estará destinado el diputado antequerano a hacer con Villaverde lo que éste con Silvela y Silvela con Cánovas?

Puede ser. Pero entretanto, ¿vaya un conflicto que ha buscado a los conservadores el señor Silvela!

CEROS MODERNISTAS

Muchas gentes, la mayoría (y conste que no es «exclusión» a la parlamentaria), están en el entender de que los ceros no sirven para nada, y, sin embargo, sirven para multitud de cosas, incluso para dar el timo a los codiciosos tontos y meter en la cárcel a los desconfiados listos.

Así, al menos, hay lugar a creerlo con la relación curiosa que traen los periódicos del joven falsificador, «irreprochablemente» vestido, que largó a un prestamista de los de segunda clase, este es, de los míopes de entendimiento y natura, unas papeletas del Monte de Piedad para empeñarlas, lo que efectuó sin el menor tropiezo.

Y digo sin el menor tropiezo, porque en una de las papeletas, que sólo era de dos pesetas, el «irreprochable» había añadido tres ceros, y en la otra, que era de 1,50 agregó uno, por cuyo procedimiento, sencillito y cómodo, el prestamista pagó mil veces más de lo que en realidad valían esos papeletos.

No todos los días se encuentran tontos explotables, y sin duda queriendo exprimir bien, el falsificador, vista la facilidad con que había engañado al prestamista, repitió la suerte según el relato de los periódicos, «sin caer del todo de su burro», empezó a germinar la sospecha en el tonto, y se cayó el listo con todo «el equipo», como se suele decir.

Si los ceros no hubiesen servido para nada, no habrían dado lugar a esta contrandanza de codicias y descuidos, que tan ams-

na ha hecho la crónica de sucesos, pero como de lo ambiente a lo ridículo no hay más que un paso, bien se puede perdonar a los protagonistas el mal resultado de sus «ejercicios» ante el grato, solaz y dulce entretenimiento que han proporcionado a los desocupados.

En plena sociedad tenemos infinidad de ceros que no sirven en apariencia para sacar de un apuro a un cristiano, y, que sin embargo, ocupan su huequcito correspondiente en eso que se puede llamar el gran mundo.

Son como ciertas damas, que no sirven ni vales de por sí absolutamente nada, ni para hacer cantar a un ciego; pero que, enlazadas por el santo vínculo del matrimonio a ciertos otros caballeros que no valen más que como uno, los hacen brillar y resplandecer como dios.

Después de todo, el maridaje del cero y del uno, siempre que el cero esté a la derecha, es de resultados provechosos. ¿Por qué, si no fuese por esto, valen tanto en nuestras elevadas capas sociales determinados personajes?

Ni más ni menos que por los ceros que los acompañan.

Son como las locomotoras de un tren: ellas solas van y vienen, manobran; pero siempre en pequeña escala y velocidad; en cuanto les agregan vagones, crece su importancia y se convierten en trenes completos y allí van, fuera de agujas, devorando kilómetros, simbolizando la civilización y el progreso, sólo porque dejan detrás humo y cenizas.

Con el «cero» dejan el pelo, el rape, los poluqueros, y parado el tranvía eléctrico los conductores; con el cero juegan al fútbol los estrategas de la ananza, y en fin, con esa cantidad negativa, hábilmente repartida en el círculo, dan el quiebro los barquilleros a los estudiantillos de pantalón corto que todavía creen en la virtualidad del alimento inglés.

El cero vale más de lo que parece y llena un misión en el mundo, y sino fuera por él, muchas lápidas sepulcrales no encerrarían rentas mortales de los grandes hombres, sino tristes despojos de insignificantes y oscuros ciudadanos, pero conste que el cero no puede andar sólo, sino siempre a la

diestra, ó en medio, como periquito entre ellas.

Abel Imart.

CURIOSIDADES

Una agencia de mendigos

Un agente de negocios acaba de abrir en el barrio de Kenington una agencia para mendigos profesionales.

El «director» ofrece grandes ventajas a cuantos quieran honrarle con su clientela.

Por el módico precio de media guinea (unos cuatro duros de nuestra moneda) de una relación que contiene quinientos nombres y direcciones de personas muy caritativas y fáciles de conmovir con memoriales.

Una guinea cuesta la relación completa, con más de 1500 nombres.

La agencia se encarga también de escribir instancias en solicitud de socorros. Este trabajo se paga por una tarifa establecida, pero el cliente se compromete también a dar un tanto por ciento de la cantidad que la petición haya producido.

La agencia parece llamada a alcanzar gran éxito.

Un niño antropófago

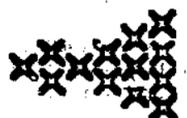
Un hecho, muy raro afortunadamente, acaba de producirse en Rovigo (Italia.)

Una pobre mujer, obligada a salir a la compra, dejó solos a sus hijos, un mocoso de unos tres años llamado Oscar y una niña que apenas contaba seis meses. Los dos niños quedaron en la cama.

No había pasado media hora desde que había salido la madre, cuando una prima suya que casualmente pasaba por delante de la puerta, oyó gritos desesperados que parecían provenir del interior de la casa. Entró apresuradamente; pero apenas había pisado el dintel de la puerta, un espectáculo horrible le dejó espantada.

El niño estaba ocupado en devorar á dentelladas a su hermanita, á la cual había arrancado ya las orejas, una parte de las mejillas y los dos labios.

La joven, ayudada por algunas vecinas, logró arrancarle la pobre niña al furor del joven antropófago.



Probad el Licorero de HENRI GARNIER y C.



DOS MISERIAS

125

—Siempre que se resigne a todas las privaciones, a todos los desprecios.

—¡Ah! ¿y has tropezado?

—La lección de hoy ha sido bastante dura: pobre se me persigue, se me acusa, se me prende; rico, me halagan, me aplauden me buscan...

—¿Y bien? esto no prueba mas sino que Berenger ha dicho una tontería cuando ha celebrado la dicha entre harapos.

—Ya la veo, y si se volviera a presentar la ocasión...

—Si se presentase, ¿que harías?

—Cuanto pudiera, por sacar un escote como los demás,—esclamó con rabia concentrada.—Si en este mundo se comprara todo hasta la estimación con oro, buscaría el oro por todas partes, aunque fuera preciso enterrarme en el lodo.

—¡En hora buena!—dijo Figel.—Ya te veo en el buen camino; lástima es que el diablo se haya retirado de los negocios y no se le pueda vender el alma por unos cuantos millones.

—¡Ah! se la vendería por ocho días de opulencia no mas,—esclamó,—bebo días de vida esplendida, de placeres satisfecho, y poco me importa lo demás.

—¡Ocho días!—esclamó Figel.—¡Pardiez! No es mucho pedir, y lo obtendrás.

—¿Que dices?

124 BIBLIOTECA DE EL ECO DE CARTAGENA

contramos en mi pobre bohardilla nos miramos uno otro y lanzamos una carcajada.

—Y bien, señor de la Roca, —me dijo.

—¿Qué os parece esa rubia?

—¡Encantadora, una verdadera viñeta inglesa!

—¡Habeis notado qué cutis!

—¡Y qué talle!

—¡Y qué manos!

—¡Y qué pié!

—Está bien,—esclamó Figel dándome un golpecito en el hombro,—todo eso sería tuyo si tuvieras el quiéras un tiburón.

—¡Oh! ya lo creo,—dije con sarcasmo.—El día de hoy ha sido para mí una provechosa enseñanza; he aprendido que la libertad, el placer, la consideración de los hombres, todo depende de la fortuna!

—¡Como!—dijo Figel con aire burlesco.—¿Te arrepientes quizá de ser virtuoso ganando cincuenta sueldos al día? No veo por qué, continuando tu honroso papel te le faltará cuando seas viejo una plaza en el hospital.

No pude contener un ademán de impaciencia.

—Ademas,—continuó Enrique pasando su mirada por mi cuarto,—no se está mal: tienes una mesa, una cama, tres sillas... con todo esto, un tueste de alicios y el sentimiento del deber, un hombre honrado no necesita mas.

DOS MISERIAS

121

dron y yo no tengo mas que pronunciar una palabra para que seas tratado como un príncipe.

—¿Qué queréis decir?

—Vas a saberlo.

Me arrastró hácia el primer carruaje cuya portezuela abrió con visible afectación y dijo:

—Os digo que no hay remedio, que es llevamos a París.

—¡Imposible!—balbuceé yo sin comprender todavía su intencion;—reflexionad que.

—No reflexionad nada, es imposible dejaros así a pié.

—Pero si no hay sitio,—observó una linda rubia que iba sentada en el vidrio del coche.

—¡Lo veis!—esclamó vivamente.

—Se estrecharán,—esclamó Figel.

—No; estorbaría, y ademas no me conocen.

—¡Oh! eso no importa.

Y tomándome por la mano hizo mi presentación en estos términos:

—Señoras; Mr. de la Roca, uno de mis amigos...

Dirigiéndose a la mas próxima,—añadió a su oído

—Un joven portugués muy rico, ¡escolentos mil francos!

Yo oí un ¡ah! de admiración y al punto se me hizo sitio en el coche.